

**Carlos Peris Viñe**

# SALIMA

Rumbo a Tánger entre rayas azules de tela gastada. Unos enormes ojos negros, desorientados en la humedad de su miedo, se confunden con los agujeros de los abultados fardos. Insignificante Salima.

Acompañada de algunos familiares lejanos echa de menos a su madre a la que ya nunca podrá ver. Van desgastándose las horas con la espesura del sudor del verano que empapa la pequeña camiseta de colores desvaídos. Primero el abrir y cerrar de las puertas de un coche que se va deteniendo en innumerables lugares para orar mirando a la Meca. Calor, sed y posturas forzadas por la gran cantidad de bultos que casi la ocultan. Espera eterna en el puerto con el inimitable sonido de las sirenas de barcos, que parecen marcar un destino prefijado por los siglos. Gaviotas, cabrias y voces desconocidas ponen sonido al desconcierto de sus cinco años recién cumplidos. Al final otra vez el olor a gasoil y el metálico roncar del desvencijado motor, agotando sus fuerzas en las pendientes empinadas de las colinas.

La puerta oxidada comprime los caóticos bultos, mientras antiguas y huesudas manos de mujer transportan el atadizo de enormes ojos negros de un lugar a otro como si de algo inanimado se tratase.

Interminable viaje por caminos pestilentes y descarnados. Entre los envoltorios y el asfixiante polvo amarillo, los enormes ojos negros siguen buscando la razón de aquel desarraigo.

Conversaciones entrecortadas, frases interrumpidas bruscamente, miradas furtivas hacia esos enormes ojos negros que, como espejos, reflejan el miedo y el desconcierto. A veces los cierra vencida por el cansancio pero no duerme. Sus sentidos agudos y abiertos van grabando en el alma cada uno de los instantes de los largos días del viaje.

Por fin se detienen y la sacan del coche. Desconcertada, camina hacia a una choza abierta donde se oyen voces de otras niñas venidas de mil sitios con el mismo propósito. Las mujeres curiosas y excitadas se arremolinan en torno al grupo y se dirigen a la vieja cabaña que ocupa el centro de la explanada.

Sobre el suelo de paja humedecida con mil sudores, están dispuestos las espigas de acacia, los taburetes, el hilo y las crines de caballo. Del aire enrarecido surge el espeso silencio y las mujeres que han de sujetar con fuerza y experiencia, dan un paso al frente, hacia el grupo, y esperan órdenes. Parcos gestos apoyados con agitadas expresiones, y las mugrientas manos en conclave van a officiar el rito.

Chuchillas oxidadas provocan el desgarrador grito inocente que taladrará el mundo.